
No todo lo relacionado con el villancico podría quedar dicho en estas líneas; con todo, hemos tratado de ofrecer una vista panorámica del villancico, tal como lo tenemos hoy ante nuestros ojos, navideño, popular, antes religioso y profano, con rasgos de escena; antes acrisolado en la alta literatura del Siglo de Oro, culto en el Renacimiento, lírico y popular en el Medio Evo, en sus prístinas formas, naciendo y desarrollándose con la lengua misma; y según dijo Dámaso Alonso, como piedra preciosa de donde brotó nuestra lírica española. Menéndez Pidal pone en los ancestros más remotos del villancico la 'albada', esa cancioncilla mozárabe de amanecer, sin duda origen lejano de aquellas dulces y románticas serenatas de luna, en esa breve estrofa que tuvo tanto que ver con el desarrollo de nuestra cultura. Queda aún vivo el villancico de Navidad, en decadente perspectiva. ¿Podrá sobrevivir?

JOSÉ NÉSTOR VALENCIA ZULUAGA

Instituto Caro y Cuervo.

ANDRÉS HOLGUÍN EN EL RECUERDO

Aunque es inapreciable, es en particular difícil para mí cumplir con el encargo que me ha confiado Jaime Posada, digno y eficaz presidente de la Academia Colombiana de la Lengua. Ocurre que no debo ocuparme en esta ocasión de algún personaje del pasado o del inmediato presente, ajeno al curso de mi vida o de mi pensamiento, sino de un fraterno amigo de mi generación, y es por ello que ruego a Ustedes permitirme cruzar a largos pasos, a través del recuerdo, y sin haber previsto ningún orden, por algunos parajes de la vida de quien compartió de algún modo las cuatro estaciones de mi existencia.

Mi recuerdo de Andrés Holguín, cuando subo hasta su fuente, lo ve en el patio central o a la salida de algún salón de clase de la Escuela de Comercio de Bogotá, hacia el comienzo de la Gran Depresión de los años treinta. Él ya estudiaba en ese claustro cuando llegué a matricularme en primer año de bachillerato. No sé cuáles razones llevaron al padre de Andrés y al mío a trasladarnos a ese plantel, tan lejano de nuestras casas como de la tradición académica de nuestros colegios, pero supuse que querían elegir para nosotros estudios más prácticos y ajustados a la crisis

económica de ese entonces. No sé tampoco qué felices circunstancias auspiciaron mi amistad con Andrés, pero en cambio recuerdo claramente que cada día, a las siete de la mañana, el bus, que las familias Holguín habían alquilado para transportarse desde Santa María de los Ángeles hasta el centro de la ciudad, se detenía frente a mi casa para recogerme y Andrés pagaba mi pasaje con uno de los tiquetes exclusivos de 'Holguinópolis', nombre que habíamos dado al grupo de residencias que al lado de la iglesia de Santa María de los Ángeles habían construido los parientes de Andrés.

Una vez terminado mi primer año lectivo en la Escuela de Comercio, una negociación que adelantó mi padre con don Francisco Laserna, padre de Mario Laserna, respecto a las Empresas de Energía de Ibagué y de Armenia, y de la Hacienda La Palma, llevó a toda mi familia a Ibagué, en donde vivimos seis años y en donde cursé mis estudios de bachillerato en el Colegio San Simón. Durante estos seis años no supe nada de Andrés, excepto que un soneto suyo había obtenido la Violeta de Oro en el certamen de unos juegos florales. Andrés tenía diez y seis años cuando participó en ese concurso.

*

En 1938, restablecido el orden económico de Colombia y del mundo, y por tanto el valor de los bienes de mi padre, regresamos a Bogotá. Como yo había sentido en el Colegio la influencia feliz de la poesía de Eduardo Carranza, y en general de Piedra y Cielo, y se despertó en mí, como se despertó en miles de jóvenes, una vocación literaria acompañada de una dichosa exaltación de la vida y, como había dicho Juan Ramón sobre el modernismo, de "un sentimiento de entusiasmo y de libertad hacia la belleza", entonces busqué a Eduardo Carranza para entregarle un ensayo que había escrito en el colegio sobre su poesía, ensayo que ya a los pocos meses me pareció deplorable, pero que Eduardo recibió refiriéndose a él con ese generoso estímulo que siempre ofrece todo ser superior. Luego me comuniqué con Andrés. Curiosamente, no sabía nada de las tertulias del Café Asturias, en donde se reunían los poetas de Piedra y Cielo y los compañeros de mi generación, pero luego se sumó a esta feliz asamblea y comenzamos a escribir en el Suplemento Literario de *El Tiempo* y en la *Revista de las Indias*. Así se reanudó con Andrés la amistad de la infancia.

*

Los primeros poemas de Andrés Holguín, a partir de su vinculación con Piedra y Cielo, fueron publicados en 1944 en *Cántico*, cuadernos de

poesía dirigidos por Jaime Ibáñez, y su producción poética se prolongó por más de treinta años, hasta 1977, cuando publicó un pequeño libro titulado *Nueva aventura y otros poemas*, que es realmente una antología de su obra y contiene, según lo dice él en el prólogo, lo esencial de su poesía.

Yo ya me he referido a toda su poesía de estos treinta años y desde luego a sus libros de ensayos y a sus espléndidas traducciones. No he pensado en ningún momento en esta ocasión recapitular esa extensa historia de crítica literaria. Tampoco me detendré en torno a las diversas disciplinas que con tanto brillo ejerció. Como jurista, como profesor de filosofía y de historia de la cultura. Solo diré que en todo momento fue un protagonista de la vida social, una conciencia crítica y combatiente que se comprometía con todo el ardor de un espíritu libre. Sus estudios sobre el Concordato de Colombia con la Santa Sede, y sobre el Convenio de Misiones en particular, siguen constituyendo una alerta a todo gobierno para que vigile la preservación de los derechos humanos, la libertad de conciencia del ciudadano y la autonomía del Estado para legislar libremente sobre estos temas.

Pero hay otro tema central en el cual sí debo detenerme: en uno de sus poemas publicado en *Cántico* en 1944 y titulado *La voz indescifrable*. Cada estrofa termina con dos versos sobre la amargura y la angustia de la vida:

mas todo en vano al corazón responde
sin descifrar su angustia.

inútilmente el corazón intenta
descifrar su recóndita amargura.

ni el mismo corazón revelaría
de su propio misterio la amargura.

¿De dónde procede este dolor, esta queja secreta? Nunca recibí una confidencia de Andrés en ese sentido. Vine a saber bien tarde, en 1979, cuando Andrés publicó *El problema del mal*, cómo existía también un Andrés Holguín consternado, que había vivido dentro de un tormentoso viento del alma, y que se presentaba casi siempre agudo y festivo, creador de chistes inocentes y casi continuo usuario de una natural alegría.

Al comenzar la lectura de *El problema del mal*, quedé maravillado con el primer capítulo de este libro, de carácter autobiográfico, y que Andrés tituló 'El interrogante del mal'. Este primer capítulo nos explica el origen de la larga y amarga crisis de conciencia que Andrés vivía, y es a mi parecer un conjunto de páginas maestras, tan bellas y saturadas de la

angustia existencial de un joven, como las que podrían escribir sobre los mismos motivos Peguy o Leon Bloy, Maritain o Camus. No me resisto a leer un breve párrafo, que comienza haciendo alusión al doble viaje en barco que había emprendido —Cartagena, Nueva York, El Havre— para llegar a París a ocupar un cargo diplomático y en el cual —dice Andrés— tuvo oportunidad de meditar largamente!!:

Creo que fue en aquella travesía marítima cuando decidí escribir mi libro sobre Dios y el mal. Tal vez había hecho ya algunos esbozos, con base en aquellas cuartillas que había entregado al sacerdote en el seminario. Era el intento de hallar una solución al agobiante problema, al margen del cristianismo tradicional, dentro de un contexto panteísta original, que permitiera explicar no sólo el sufrimiento, como algo abstracto, sino dos cuestiones que para mí eran muy cercanas y que, en cierto modo como la guerra mundial, encarnaban vivamente el problema mismo del mal. Me refiero a la locura y a la muerte. Porque con una y otra había hecho un contacto inesperado y trágico. Mi hermano enloqueció a principios de 1940 y, en la mañana del 13 de mayo, se quitó la vida con un disparo en la cabeza. Yo fui el único que oyó la detonación. Corrí a su alcoba vecina y lo encontré desangrándose, con el revólver todavía en la mano desgozada. Todo lo que hicieron luego los médicos en la clínica para salvarle la vida, fue inútil. Murió ese mismo día. Tuve que llevarle la noticia a mi padre a la cárcel, donde estaba detenido desde hacía varios meses, acusado de absurdo delito por uno de sus mejores amigos. Este drama de mi padre, esa demencia precoz con delirio persecutorio y esa muerte inaudita, venían a confirmar mis puntos de vista anteriores, en el sentido de que, frente a hechos tan dolorosos, era necesario hallar una explicación mejor que la dada por el cristianismo, por sus teólogos medievales y sus actuales doctores. El problema del mal no era ya para mí una interesante especulación, o el objeto de apasionantes lecturas adolescentes, como habría podido serlo en los años anteriores; era una realidad, una muy triste y desolada realidad. El problema del mal, más que una elucubración filosófica, era algo que tenía ante mis ojos —drama, locura, muerte, tristeza— y que se había infiltrado hasta el fondo de mi vida, volviéndola pedazos.

En 1988, poco antes de morir, publicó *La pregunta por el hombre*, libro con el cual va a afiliarse a las teorías y doctrinas darwinistas que explican el mecanismo de la evolución de los seres vivos, y cuya esencia, a través de las ciencias biológicas, consiste en demostrar el origen de las especies y el origen del hombre, y cuyas conclusiones, poco a poco, a partir de finales del siglo XIX, fueron mostrando a la luz de la filosofía, sus débiles fundamentos. Danilo Cruz Vélez, en su espléndido libro *Tabula rasa*, publicado en 1991, se ocupó de esta obra de Andrés y a través del ensayo *El darwinismo y el problema del ser del hombre*, corrigió cordialmente sus concepciones darwinianas. Carlos Holguín, hermano mayor de Andrés, le confió a Danilo que Andrés le había confesado, desde poco antes de su

muerte, que el darwinismo, en gran parte, no le había dejado sino desencanto y espléndidas incertidumbres.

Una semejante impresión obtuve yo, cuando pocos meses antes de su muerte, durante toda una tarde, comenté con él un ensayo sobre la tragedia griega, que había yo escrito para un libro de la Universidad de los Andes. Cuando llegamos a las páginas sobre Eurípides, me dijo, como desestimándolo, que había quedado muy clara la pretensión de los sofistas de convertir en objeto de discusión racional todas las relaciones de la existencia humana.

En medio de estas alusiones, yo llegué a pensar que aún había un Dios en la conciencia de Andrés, al amparo del tibio rescoldo de la fe de la infancia.

Y porque vi y sentí en él un hondo deseo de verdad metafísica que le devolviera el sentido de lo absoluto.

En todo caso, estoy seguro de que fue esa convicción la que permitió que una vaga alegría me acompañara en la somera ceremonia con que despedimos al amigo de muchos años, y al pensador puro y atormentado, con especial admiración, respeto y cariño.

DANIEL ARANGO.